



María Teresa Bravo Bañón

**El eterno gemido de los
guijarros**

Colección: Poesía

El eterno gemido de los guijarros

María Teresa Bravo Bañón

Contenido:

El niño de Jinotega

Los perros de Managua

Pulpería Aurora

Eligió ser sonrisa

The Boss

Del poemario *Es un crimen talar el almendro florecido*
(1985):

Epitafios de versos

Extraterrestres

La pleamar de la próxima luna

Poema al doncel de las pestañas de vencejos

Mi mago

El niño de Jinotega

Tus ojos negros,
el sopor de mi fiebre
y mi mano intentando una caricia.
Tu callado llanto,
mi impotencia
y tus hermanitas rodeándote
cual gorrón herido.
Tu miedo al dolor,
mi miedo a morir
tan lejos de mi casa.
Tu anemia de niño desnutrido,
mi chicunguña retorciéndome los dedos
hasta convertirlos en garras.
Techo blanco y el neón
azulando el escorzo de suero
y aguja en tus venas...

Nos separamos en la cola del dengue,
bajo un letrero anunciador:
EL DENGUE MATA,
entre resignadas y dolientes sombras
que esperaban su apocalíptica sentencia.

Yo volví a la burbuja de mi mundo:
esterilizado, pasteurizado, aséptico;
donde virus y bacterias carecen
de los puños boxeadores del Trópico.
Muchas veces pienso en ti,
si tu sangre ya se habrá hermoseado de hematíes,
porque comes algo más que gallo pinto y tostones.
Si brincarás feliz, con tus hermanitas,
por el patio de la escuela
y que esperarás, con ilusión, el aguinaldo

y a los Reyes Magos de Oriente;
ajeno, muy ajeno a la noche
en que nos hermanó el imposible azar de la vida,
en el mismo hospital de Jinotega.

Los perros de Managua

Sestean entre montañas de basura,
cual chacales de karma degradado.
Beben en charcos negros,
deambulan, famélicos, sin rumbo,
cargados de pulgas y de garrapatas.
No se acercan, se detienen
en prudencial distancia;
para no ser apedreados.
De lejos esperan un algo tuyo indefinido:
un hueso, el pellejo de pollo,
los restos del festín de una fritanga...
Que, en acrobático brinco, devorarán
como si cazasen un pájaro al vuelo.
Ninguno mendigará una caricia,
ni meneará el rabo, en señal de gratitud.
Es tanta su orfandad que desconocen
el amor de un niño con el que hubieran
compartido sus juegos de cachorros.
Tampoco experimentaron la lealtad
absoluta al dueño de una casa.
En sus ojos nunca descubrí ni un atisbo
del alma perruna de mis felices perros.
(Intuyo que se las arrancaron a garrotazos
o se les murió de pura indiferencia)

Pulpería Aurora

Nos mecíamos indolentes en el porche de la casa,
una vacada canela, seguida de un vaquero
a caballo y de buen porte cruzaba,
mansamente, el enfangado camino.

Llegó una vecina preguntando si había requesón,
«Lo habrá mañana», le respondió Aurora.

A ella le intrigaban de mí muchas cosas:

que qué hacía yo sola tan lejos,

allá en las perdidas Lomas de Jinotega,

que por qué se me había ocurrido

venir a trabajar con los maestros, sin cobrar,

en vez de haberme quedado en mi casa,

tranquila, después de jubilarme...

(No le confesé que hasta yo me lo preguntaba a veces).

Después fue deduciendo de mí que, posiblemente,

en España los maestros eran ricos y aseveró:

– ¡Usted debe tener hasta lavadora!

– Sí, tengo lavadora –le respondí con sorpresa.

– ¿Y hasta criada y gente de servicio?

– No, mujer, no podría pagarles con mi sueldo.

– ¿Y se lo hace usted todo? ¡Pues cuánto trabajo!

Pensativa, se atrevió a la pregunta clave:

– ¿Y carro? ¿Tiene, usted carro?

– Sí, también tengo carro.

(Me callé que tengo dos,

hubiera sido ostentación innecesaria).

Se quedó satisfecha, como si detectivescamente
me hubiera sonsacado un gran secreto.

Cayó la tarde y su marido guardó las reses
en el establo interior de la casa,
llenándose el aire de mugidos lastimeros.

Si no fuera por las palmeras, los ceibones,
y el canto de los perrozompobos,
diría que aquella noche la pasé en una aldea
de la ancestral Galicia.

Eligió ser sonrisa

(A Patricia Blandón, mi hermana en la distancia)

Anda, date a volar, hazte una abeja.
(Alfonsina Storni).

Hay seres a los que la vida abofetea
hasta antes de nacer y ya sienten
que no serán bien recibidos a este mundo.

Viven infancias desdichadas, de desidia y desabrigo.
Niñas que nunca estrenan unos zapatos nuevos,
ni un vestido, ni nadie les regala una muñeca.

Aprenden pronto que los seres mágicos no existen
y los santos benefactores son sordos,
pues nunca escuchan sus plegarias
para salvarlos de la tribulación de no ser amados.

Con tales precedentes, una puede sentirse resabiada,
buscarse el sustento a quemarropa,
hacer del egoísmo su divisa
y tener un corazón con agujones.

Pero ella encontró sus alas en los libros
para huir de tan maldito hado de abandono.

Ellos fueron «botas de siete leguas» con que escalar
las altas cimas del espíritu y las tres virtudes teologales.

Libro a libro, escalón a escalón, trinchera a trinchera,
con afán, se fue ganando su libertad libertaria
y la cuota de dignidad, tantas veces esperada.

Hubiera podido escoger muchos caminos;
pero escogió ser sonrisa y se dedicó a regalar sueños,
a los niños más pobres de su barrio.

Y la vida, por fin, inesperada y generosa,
le regaló a Mateo, que la habrá de amar,
con locura, todos los días de su vida.

The Boss

(A Henry A. Petrie)

El trabajo y la lucha llaman siempre a los mejores.
Lucio Anneo Séneca.

Era un viajero del Cosmos.
Dijo haber llegado a los confines de Corea,
comer sopa de mono, en Angola
y probar el mejor vodka crimeo,
con un comandante de Berlín Oriental.

Me confesó haber salvado la vida,
muchas veces, en tiempos clandestinos,
por su templanza en el dominio del reloj.

Vivía en la ciudad del Caos de la que él
era parte y partícula; mas era su sino
trazar perpendiculares de dignidad
sobre los curvos renglones del caos ajeno.

Tenía la paciencia de los constructores
de diques del Yangtsé y el humilde tesón
de los labradores de Honghe Hani
roturando las terrazas de sus arrozales.
Así, era capaz de cuajar los sueños
y mudar en vergel hasta el Valle de la Muerte;
pues habiendo nacido bajo el signo del Buey Apis,
el mundo tras su paso siempre será paraíso.

Fraterno universal y combativo batallaba
ante la indefensión de los seres más frágiles.
Este Alonso Quijano, el Bueno, de Managua,
veía reflejarse en cada humana vulnerabilidad
los vacíos que le iba taladrando su propia existencia.

Coordinaba a los suyos con lenguaje marcial,
como un abad templario que diera consignas
de asalto o defensa a sus monjes guerreros.
Mas, al profundizar en él, descubrí una matriuska que,
al abrirla, guardaba otra más tierna,
así sucesivamente ...
y en la última, agazapado...
se me reveló un mimoso osito de peluche.

A continuación, poemas que integran *Es un crimen talar el almendro florecido* (1985):

Epitafios de versos

¿En qué horizonte -para ti- me habré roto?
¿A qué cima asciende el verbo que no te he tatuado?
¿Dónde yacerán los epitafios de los versos
de amor que el silencio amordaza?

Extraterrestres

Los hay quienes escriben poemas
de amor en la pared con miel,
para sustentar hormigas.
Quien crió un venado en su casa,
como un nieto adoptado del bosque.
Quien susurra al agua ensalmos,
para sanar enfermos ríos
de espumas malolientes.
Quien llora en el funeral de un caracol
y le pone flores y una cruz
en su tumba de molusco.
Quien enjaula pájaros y los libera
solo para enseñarles
a no fiarse del sustento regalado
en mano que aprisiona alas.
Quien se estremece ante el largo alarido
de un tragal al ser segado
oye el clamor y la súplica impotente

de los árboles bajo sierras homicidas.
¿De qué confín de la galaxia
vinimos los locos poetas
a este mundo prestado?

La pleamar de la próxima luna

Ya no tengo la paciencia de esperarte
a que llegues a mis Playas de Poniente
como pleamar en la próxima luna.
Me consume la sal.
Aquí solo quedan calcinadas vértebras
de varadas ballenas y violáceas cabelleras de medusas.
Rodearé tu cuello en el cabotaje corto de mis brazos,
mis muslos serán enredaderas de espuma
resbalando por tus acantilados del deseo.
Seré el eterno gemido de los guijarros
cuando el mar retrocede y se adentra de nuevo.
Flujo y reflujo
-oscilación perversa-
armonía de Universo conjugado.
Atolones de lumbre tatuarán tu espalda
por entre las yemas de mis dedos.
Seré el maremoto
de a donde quiera conducirte.
Esta sed es de siglos.
Moriré en tu lenta caricia; mientras me sacias
con aguas fresquísimas de tus ríos interiores.

Poema al doncel de las pestañas de vencejos

¡Oh, mi doncel de las pestañas de vencejos!
¡Qué turbación provocas si a una flor te arrimas!
Te bendice la anémona y el filial acanto.
A tu paso las adelfas inician regios protocolos.
Provocas lujuria en las pobres azucenas
que fueron consagradas para altares virginales.
El lirio queda sonrojado por su expiación
en túnica nazarena no escogida.
Los cerezos danzan en tu presencia,
agitando sus ramas para alfombrarte de flores.
Yo soy tu flor de la pasión,
arráncame de mí para tu pecho,
embriágate de las lágrimas fragantes
que por ti he derramado
y después de haber sido
-en solapa audaz y mundana-
tu divisa vencedora
prénsame entre tus libros,
que sean tus versos de amor mi tumba.

Mi Mago

¿Quién soy yo si tiemblo en tu presencia?
Me zahieres si eres esquivo,
me atolondro ante ti cual paloma
ante los diestros halcones de cetrería.
¿Quién soy yo si no me amas?
¡Ay, qué fuertes son los brazos de mi arquero!
¿Quién soy yo sino el nenúfar
que desfallece si a tu pecho la estrechas?

Si tú no oyes mi cántico la música no existe.
¡Oh, tristísimas noches,
con cancelas de hierro en mi garganta!
Si no paseas las lunas almendradas de tus ojos,
estos versos no existen.
¿Quién soy yo si no me lees?
Eres Mago,
mi mago.
Un día me harás desaparecer
entre el fuego de tus venas.

